

Hacia una revolución cultural

Pedro Jiménez

Profesor de Filosofía de I. E. S. Sevilla.

Cuando hablamos del sistema neoliberal actual, de cómo éste causa la situación social actual, en general, o el abismo Norte-Sur, en particular, nos hemos acostumbrado a mencionar causas financieras, comerciales, científico-técnicas y políticas, pero pocas veces hablamos de las causas culturales; y tengo para mí que aquí está la principal clave de comprensión y análisis de todos los problemas. Sin alejarnos excesivamente de la tesis marxista de que la infraestructura económica es la que mueve el mundo, matizamos que esta infraestructura sería otra muy distinta si la sociedad construyera activamente una cultura muy diferente a la que tenemos.

Si sintetizamos las posturas de Tylor y Leslie White, tendríamos que la cultura es el conjunto de los «modos de vida que dependen de la simbolización» y «cuyos átomos son las ideas». ¹ Es decir, la cultura constituye el conjunto de ideas y comportamientos que definen a una sociedad determinada, en una época determinada. Aceptada esta resumida definición, afirmamos la tesis de que la cultura del Norte es la principal causa de que haya triunfado tan inexorablemente el neoliberalismo, y es la principal

explicación del muro Norte-Sur y de todos los problemas sociales y políticos; por tanto, la cultura occidental es la principal causa de la injusticia social. Es decir, el mundo sería otro muy distinto si los ciudadanos del Norte pensáramos y viviéramos de una forma completamente diferente a la que lo hacemos.

De este modo, no parece dudoso que si, verdaderamente, queremos la justicia en el mundo, si deseamos que imperen la paz y la solidaridad, si anhelamos el «advenimiento de unos nuevos cielos y una nueva tierra», no nos queda otro remedio que *hacer la revolución*, pero una revolución que tiene que ser primera y principalmente cultural; no nos queda otra salida que cambiar drásticamente el modo de pensar y el estilo de vida del ciudadano occidental, es decir, nuestro pensamiento y nuestra vida.

¿Y cuáles son estas ideas y comportamientos del ciudadano occidental? ¿Qué pensamos y cómo vivimos? Intentando resumir un tema tan amplio, vamos a analizar por separado las ideas y los comportamientos.

Desde el punto de vista de las ideas, el Norte se caracteriza, esencialmente, por tres rasgos: po-

sitivismo antimetafísico, eclecticismo moral y muerte de Dios.

Respecto al primer punto, desde que en el siglo pasado, Comte asestara un golpe de gracia a los saberes teológico y metafísico, la inhumana exaltación de la racionalidad científico-técnica ha estado servida. A la ciencia se le han atribuido los predicados que durante siglos se asignaban a Dios: omnipotencia, omnisciencia y redención. Es decir, se ha practicado, en el último siglo, un culto a la aberrante idea de que «la ciencia todo lo puede, todo lo sabe y será la liberadora del ser humano». El mismo Comte diría que «la ciencia social», que está en la cumbre de la jerarquización científica que él propone en su «Catecismo Universal», será la artífice del orden y el progreso para todo el género humano. De esta guisa, el positivismo comtiano decimonónico culmina el erróneo camino que, precisamente por falta de la auto-crítica necesaria, inició la razón ilustrada un siglo antes.

Así, aquella confianza ciega «iluminista» en el progreso histórico que había de venir de la mano de «la sola razón, *kantianamente mayor de edad*, ha devenido, en su ataque de soberbia positivista y neopositivista, edad cibernética, tec-



notrónica, «era del vacío lipovetskiana» y se ha convertido en un mundo (efectivamente construido y gobernado *more técnico*) en el que el crecimiento del hambre y la desigualdad avanza en paralelo al incremento descomunal de la investigación científico-técnica al servicio de la industria militar y del «arte de matar».

En la actualidad, el nihilismo postmoderno ha sellado definitivamente cualquier espacio para los *grandes relatos*. Y como, obviamente, la liberación y emancipación humanas hacia un mundo justo era uno de ellos, hablar y creer hoy en esto está *pasado de moda*. Así, no nos queda más alternativa que recluirnos en *el jardín de Epicuro*, es decir, en nuestro recinto privado, en nuestra parcela particular y apolítica, convertida en una especie de *búnker intimista*.

Desde el segundo punto, eliminada cualquier fundamentación metafísica de la justicia, nos han vendido las éticas dialógicas, el

consenso y la democracia como coartadas ideológicas para que cada uno crea y haga la justicia que le dé la gana. Así, un planeta dividido artificialmente en Primer y Tercer Mundo, no escandaliza al hombre postmoderno, convertido en «Narciso de pro-gre», que justifica y sustenta en las urnas gobiernos latrocinadores, insolidarios y volcados, con todo su aparato, al servicio del capital.

Y la muerte de Dios, iniciada por los maestros de la sospecha (de los que nadie sospecha —*sospechosamente*—) y continuada por sus prosélitos (que postulan *una razón y un sujeto débiles* para todo menos para negar a Dios) ha convertido en realidad la vieja sentencia dovtoyeskiana: *como Dios no existe (lo ha decidido el sujeto débil), todo está permitido*. Ergo, está permitido robar y matar a los pobres (de los que Dios era un claro defensor, para «cabreo» de Nietzsche).

Escondido y escindido en el fragmento, el hombre occidental

no cree en nada que no pueda ver aquí y ahora (a excepción de las promesas de la Ciencia-Técnica, en las que sí cree ciegamente), propugna un burdo relativismo ético (en cuyo consenso, por lo demás, los pobres no participan ni tienen voz, aunque sí sienten y padecen sus fatales consecuencias) y elimina drásticamente todo vestigio de trascendencia (incluida la *trascendencia del otro*, que los personalistas queremos defender). Aquí no hay más «otro» que mi familia y, a lo sumo, un pequeño grupo de amigos con los que practicar «la conversación culta»; es decir, poco Marx y mucho Tocqueville. Parece que la consigna fuera: «Enterremos para los restos a Sócrates y Platón y resucitemos para siempre a los sofistas», cuyo «arte» de hablar retóricamente bien en discursos vacíos de contenido, tan magníficamente han aprendido la mayoría de nuestros políticos actuales, los representantes de la soberanía, no del pueblo

(que no existe), sino de los poderes económicos.

Respecto a los modos y estilos de vida, la cultura actual se caracteriza, esencialmente, por un materialismo atroz, un consumismo desahogado, un hedonismo ilimitado y un individualismo aberrantemente inmoral.

Para nuestra cultura importa más el tener que el ser, el dinero que las personas, prevalece el denodado afán de consumir y comprar por encima de todo, domina el ansia por pasarlo bien y disfrutar de la diversión a toda costa, y se impone el *cada uno a su casa y Dios a la de nadie* (porque «no existe»).

En este contexto y con esta cultura, a los pobres de la Tierra que le vayan dando («que bastantes problemas tengo yo con pagar la hipoteca y con cambiar de coche»).

Frente a lo anterior no caben modestas reformas, sólo es posible la revolución, pero una revolución que tiene que comenzar por destruir los cimientos de la actual cultura y sustituirlos por otros.

Pensar que el ser humano es la única realidad absoluta debajo *del cielo estrellado sobre mí*, y que es el único fin en sí mismo (ininstrumentalizable bajo ningún concepto), poner siempre lo público y lo social por encima de lo privado y particular, ocuparse y pre-ocuparse del *nosotros* y del *ellos* antes que del *yo*, anteponer los valores morales a los materiales, priorizar el

mejorar la «casa-mundo» antes que la «casa-hogar», compartir antes que ahorrar, hacer política antes que hablar de fútbol, e incluso estar dispuestos a dar la propia vida por los demás y por un mundo justo y solidario, etc., serán rasgos insustituibles del hombre nuevo revolucionario.

Dicho hombre nuevo, que deberá ser el nuevo sujeto histórico colectivo de la lucha por la liberación «del huérfano, de la viuda y del extranjero», cambiará, en el orden de las ideas, las claves del hombre postmoderno por otras, tales como una metafísica personalista fundada en la creencia firme en el ser humano (frente al positivismo antimetafísico), una ética de la liberación, no eurocéntrica (que diría Dussel²) sino centrada en la perspectiva del Sur (frente al eclecticismo moral burgués), y una mística del tipo que sea: abierta a la Trascendencia —en el caso de los creyentes— o abierta a la «trascendencia de la causa», al estilo de aquella mística «republicana» de la que hablara Péguy, y que consistía «en dar la vida por la República» en lugar «de vivir de la República», en el caso de los no creyentes de buena voluntad.

Y en el orden de los estilos de vida, el nuevo hombre de la revolución cultural deberá vivir una austeridad rebelde y resistente (frente al consumismo), un personalismo fundado y fundante (frente al materialismo), un espíritu de sacrificio alegre dispuesto a arries-

garlo todo, incluido, por supuesto, el propio bienestar, seguridad y placeres (frente al hedonismo), y una altísima conciencia social, política, asociacionista, comunitaria y solidaria (frente al individualismo, contra el que se levantará inexorablemente).

A este hombre debemos aspirar y esta cultura debemos construir, cambiando nuestros parámetros mentales y conductuales, pues, en caso contrario, poco satisfechos de nosotros se sentirán nuestros hijos y nietos, viendo el mundo y la cultura que les hemos dejado en herencia.

Como dijo alguien, «el hombre que traiciona sus ideales, no puede mirarse al espejo». Construir una nueva cultura, imperativo moral y humano por excelencia, pasa por preguntarnos, aquí y ahora, cuáles son nuestros ideales y cuál es el espejo en el que nos miramos. Y después, responder con la única respuesta posible, pues, ya sea Dios (para los creyentes) o ya sea la Historia (para los no creyentes), «a la caída de la tarde de la vida, seremos juzgados en el amor».

Notas

1. Díaz, C.: *Vocabulario de formación social*. Edim. Valencia. 1995, págs. 96-97
2. Dussel, E.: *Ética de la liberación en la edad de la globalización y de la exclusión*. Trotta. México, 1998.